



*‘Todavía estoy aquí’*

*‘I’m still here’*

GLOBE STAFF/ADOBE

**M**i hermana y mi padre fueron deportados en 2007. Todavía me resulta difícil hablar de ello. Es casi como si me hubieran herido permanentemente. Pero si el hecho de conocer el aislamiento y la vergüenza que aún siento sirve de consuelo a otras personas que han experimentado este tipo de pérdida, si les permite saber que no están solas, quiero contar esta historia.

Llegué a los Estados Unidos en 1999. Tenía 10 años y mi hermana, nuestra madre y yo salimos de Guanajuato, a unas cinco horas al norte de Ciudad de México, para reunirnos con mi padre, que era indocumentado y trabajaba en Winston-Salem, Carolina del Norte. No teníamos dinero en México y mi madre creía que tendríamos una vida mejor en los Estados Unidos.

Sobrepasamos la fecha de expiración de nuestros visados de visitante. Conocíamos los riesgos y pensábamos en ello todo el tiempo. Intentamos comportarnos lo mejor posible. Nos limitábamos a una pequeña comunidad de compañeros inmigrantes y no salíamos mucho.

DEPORTADA, K4

“I want people to know the struggles of an immigrant.”

**M**y sister and my dad were deported in 2007. I still find it hard to talk about. It’s almost as if I have been wounded permanently. But if knowing about the isolation and shame I still feel will bring comfort to others who have experienced this kind of loss — if it will let them know they are not alone — I want to tell this story.

I came to the United States in 1999. I was 10 years old, and my sister, our mother, and I left Guanajuato, about five hours north of Mexico City, to join my father, who was undocumented and working in Winston-Salem, N.C. We had no money in Mexico, and my mother believed we would have a better life in America.

We overstayed our visitors’ visas. We knew the risks, and we thought about them all the time. We just tried to be on our best behavior. We stuck to a small community of fellow immigrants, and we didn’t go out much.

After graduating from high school and working to help support my family, I hoped to go to college, but that was put on hold for a long time when immigration agents showed up at my father’s place of work.

It was a Friday in March, a few days before my mother’s

DEPORTED, K5

BY INGRID  
ZAVALA  
AS TOLD TO  
KELLY HORAN

## Unmute that Zoom call

BY MARISSA CONRAD

My first Zoom call with friends was on March 18 of last year, eight or nine of us in “Brady Bunch”-style boxes, sharing our uncertainty about the virus that was starting to shut down offices and schools and day cares. One friend chopped vegetables as we talked, and we could all hear the thud of knife hitting board. The noise didn’t bother me, but another friend, annoyed, asked her to mute.

I learned quickly that this is the first rule of video calls. Switch the mi-

crophone icon to “on” when it’s your turn to talk and to “off” at all other times. Background noise is the enemy. And so it went, on book club Zooms and birthday Zooms and baby shower Zooms, and really any Zoom that had more than four or five people. All of these parties were fine; none was particularly fun.

It’s only now, a year later, that I know the real enemy: the mute button. Happiness — at least the pandemic version — is a group video call with

‘Happiness — at least the pandemic version — is a group video call with all microphones on.’

all microphones on. The more participants, the better.

I was skeptical, too, until I attended a magic show on Zoom. During his opening trick, the magician asked that we keep our cameras and microphones on throughout the performance. There were more than 100 of us in the room.

I didn’t know what a microphones-on Zoom sounded like, because nobody did it, but I figured it had to sound awful, because nobody did it. But I unmuted, and so did most of the

UNMUTE, K4

### Inside

**BEYOND CHAUVIN**

Mining the verdict for lessons about policing **K8**

*David Scharfenberg***BOYHOOD AND A BULLY**

At 93, visceral memories of a Charlestown gone by **K3**

*Tom Sheehan***A DISSERVICE TO HISTORY**

George W. Bush’s image gets an unearned makeover **K7**

*Renée Graham***SUPREME NEED**

Add more US trial and appellate court judges **K6**

*The Editorial Board*

## DEPORTADA

*Continúa desde la Página K1*

Después de terminar el bachillerato y trabajar para ayudar a mantener a mi familia, esperaba ir a la universidad, pero eso quedó suspendido durante mucho tiempo cuando los agentes de inmigración se presentaron en el lugar de trabajo de mi padre.

Era un viernes de marzo, unos días antes del 48° cumpleaños de mi madre, y llovía. Mi hermana, que es tres años mayor que yo, me había dejado en mi trabajo en el McDonald's a las 6:30 de la mañana y había llevado a mi madre al hotel donde trabajaba como asistente. Luego volvió a casa a dormir.

El ICE [Servicio de Inmigración y Control de Aduanas] había encontrado a mi padre en su trabajo en el almacén, y no estoy segura de por qué lo hizo o cuál era su estado de ánimo en ese momento, pero los llevó de vuelta a nuestra caravana y los dejó entrar. Los agentes arrestaron a mi padre y a mi hermana. Se la llevaron en pijama. También encontraron nuestros pasaportes, lo que significaba que sabían de mi madre y de mí.

Una amiga de mi hermana vino al McDonald's y me dijo: "Tienes que venir conmigo *ahora*." Me contó lo que había ocurrido y fuimos enseguida a buscar a mi madre. Nuestro miedo era desgarrador; estábamos seguras de que el ICE nos estaba buscando. No volvimos a la caravana durante unos días. No podíamos arriesgarnos. Cuando finalmente fuimos, solo tomamos lo esencial. Nos quedamos sin hogar y vivimos con personas que nos acogieron amablemente durante los dos años siguientes.

A mi hermana la llevaron primero a Charlotte. Después la trasladaron a Georgia y luego a Nueva Orleans, y todo el tiempo mi madre movía cielo y tierra para ayudarla, consultando con abogados y con otras personas dedicadas a ayudar a los inmigrantes. Se enteró de que si podía presentar un boleto de avión a México para mi hermana, la liberarían de la detención. Mi hermana, que tenía 21 años, es muy reservada, y las condiciones, especialmente las duchas comunitarias, le parecían inhumanas. Queríamos que la liberaran, aunque eso significara su deportación. Así que lo vendimos todo, incluida nuestra caravana y todo lo que habíamos dejado en ella. Otras personas contribuyeron para que pudiéramos comprarle un boleto de avión a mi hermana.

Conseguí llegar al centro de detención de Charlotte, pero no me atreví a verla allí. Sentí una terrible culpa de por qué ella y no yo. Todavía me pesa mucho. Siento que le fallé cuando no estuve allí para protegerla del ICE y cuando no me atreví a verla entre rejas, y porque tuve la oportunidad de quedarme aquí mientras que ella no tuvo elección. Fue deportada en mayo con la misma pijama con la que la habían arrestado. Sé que fue humillante para ella.

Mi padre fue deportado el noviembre siguiente. En cierto modo, lo culpo por lo que sucedió; mi madre también. Todavía está traumatizada y se divorció de él; ahora es un extraño para nosotras. Las deportaciones rompieron nuestra familia.

En 2016, mi madre regresó a México para ayudar a mi hermana, que había tenido un bebé. Para entonces, había tenido la protección de ADLI [Acción Diferida para los Llegados en la Infancia] desde 2014 y estaba trabajando para finalmente terminar la universidad. Estaba tan dividida sobre qué hacer: ¿volver con mi madre o quedarme? Decidí quedarme.

Más tarde, ese mismo año, se me concedió el estatus de libertad condicional anticipada, lo que significaba que podía viajar fuera del país por un corto período. Mi abuela, a la que no había visto en 16 años, no estaba muy bien y quería verla a ella y a mi familia. Sin embargo, con las elecciones acercándose aquí, no sabía si tendría la oportunidad de viajar si

Trump ganaba; cuando tienes el estatus DACA, eres parte de un tema de aprovechamiento político, así que se sentía como ahora o nunca. Estoy muy contenta de haber ido, porque Trump ganó y canceló la libertad condicional anticipada.

En México, mi hermana me dijo que nuestro padre trabajaba como chofer de autobús y que pasaba por su casa todos los días por las mañanas. Así que me despertaba mientras todos seguían durmiendo y me ponía en el techo a ver pasar los autobuses. Intentaba adivinar cuál era el que conducía con la esperanza de que me viera. Nunca lo vi conduciendo un autobús, pero un día, mientras iba con mi hermana en su auto, nos cruzamos con él en la calle. Él sabía que yo estaba allí, vivía con mi abuela, a la que había visitado, pero nunca intentó comunicarse conmigo. Yo tampoco le tendí la mano. Tenía miedo de lo que pudiera decirle.

Pasé dos semanas en México y nunca me

relajé; tenía mucho miedo de que no me dejaran volver a los Estados Unidos. La espera en el aeropuerto mientras decidía si me concedían el reingreso fue insoportable. Me sentí muy aliviada de volver a entrar, pero regresé con ganas de estar más conectada con mi país, porque me sentí muy desconectada de la cultura mientras estuve allí. Ya no domino el español. Estoy realmente entre dos culturas. Crecer en los Estados Unidos me ha cambiado. Tengo 32 años, vivo sola y no tengo hijos. No estoy segura de que la misma versión de mí estaría viviendo en México.

Tardé mucho tiempo en graduarme en la universidad, pero me gradué con una licenciatura en estudios internacionales y una especialización en administración de empresas; además entré en un programa de máster en salud global. Todavía no estoy segura de si tendré el dinero para ir. Quiero viajar y ayudar a las comunidades desfavorecidas.

Intento poner vendas alrededor de la heri-

da que abrieron las deportaciones de mi padre y mi hermana. Hasta el día de hoy, pequeñas olas de pánico me envuelven cuando veo a un policía. Cada vez que alguien me pregunta dónde está mi familia o si estoy sola en este país, el dolor regresa. Me cuido de lo que digo en las relaciones que pueden llegar a ser románticas, porque no quiero que la gente piense que solo busco papeles para poder quedarme en este país.

Quiero que la gente conozca las luchas de un inmigrante. Quiero que me acepten por lo que soy y por todo lo que llevo conmigo. Quiero que la gente conozca la luchadora en mí. No me he rendido. A pesar de las probabilidades, a pesar de mi familia destrozada, sigo aquí.

*Ingrid Zavala, de 32 años, vive en Durham, Carolina del Norte, con un perro rescatado llamado Ikki.*

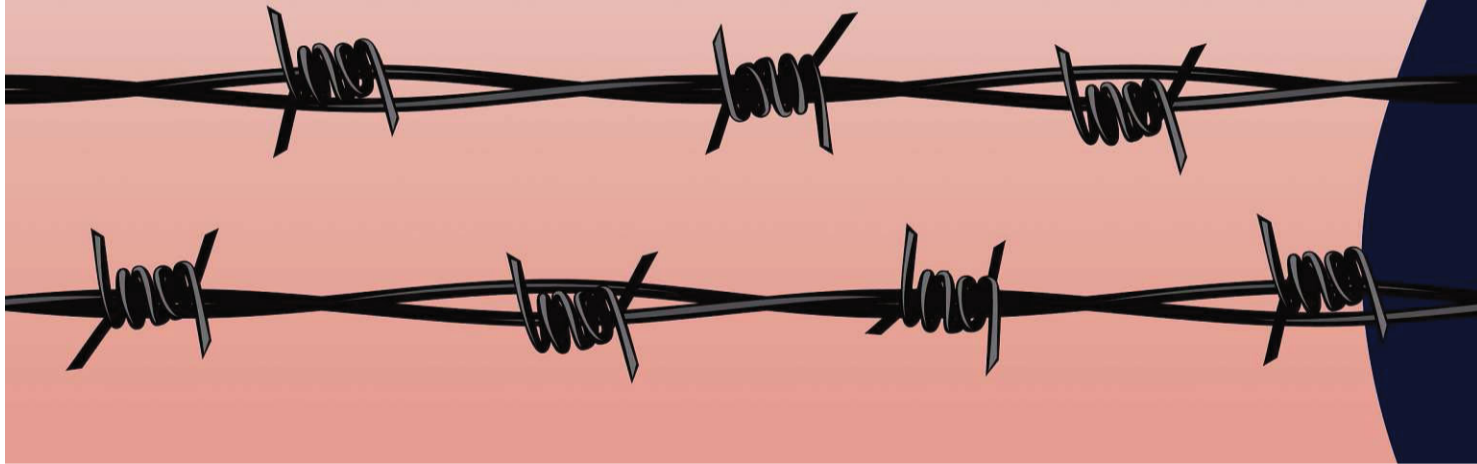


INGRID ZAVALA

Ingrid Zavala, a la derecha, con su madre y su hermana en 1990.

Ingrid Zavala, right, with her mother and sister in 1990.

Nuestro miedo era desgarrador; estábamos seguras de que el ICE nos estaba buscando. . . . Nos quedamos sin hogar y vivimos con personas que nos acogieron durante los dos años siguientes.



## UNMUTE

*Continued from Page K1*

others. And slowly, the room came to life. The magician did a card trick and people clapped, loudly and together. He told a joke, and people laughed, less loudly but still together. A voice saying "Everyone dressed up! Why didn't we dress up?" hit at a perfect moment of silence. I heard someone open a beer, which sounded different from a beer opening in my own house. It was all energizing in a way I hadn't felt since the Before Times — the closest I have come in a year to feeling the joy of a crowded restaurant or theater.

What I'm describing, says social psychologist Shira Gabriel, is called collective effervescence — something that happens when you're in a group "and you feel some kind of connection to the other people that are there, even if they're people you don't know," she says. "You feel like the moment is special, something that transcends the regularity" of normal life.

The term began with 19th-century sociologist Émile Durkheim, who used it to explain what happens during religious rituals. Gabriel, an associate professor of psychology at the University at Buffalo, studies collective effervescence in a broader context. People can feel collective joy, she's found, even in seem-

I unmuted, and so did most of the others. And slowly, the room came to life.

ingly trivial everyday activities, like riding the bus with a bunch of strangers and realizing you're all smiling at the same cute kid.

My happiness at hearing applause and idle chatter "makes sense," she says. "It gives you a reminder that you're experiencing something with other people, which is why it's so special."

In her research, Gabriel has found that feeling collective effervescence "is strongly predictive of feeling like your life has meaning and having more positive emotions," she says. "And that's even when you control for things like 'How many good friends does a person have?' 'How close are they to their family?' Having these moments of connection to large groups seems to be a really important human thing — and something that a lot of people have really been missing during the pandemic."

"It's a reminder that you're not alone," she says.

Alone wasn't a word I had consid-



BENJAMIN NORMAN/THE NEW YORK TIMES

A high school Spanish class via Zoom on March 19, 2020.

ered to describe the experience of being in a Zoom filled with people, but it lands. Group video chats have felt lonely even when they've been packed with faces. We wait through unnatural pauses

while speakers toggle between mic off and on. Jokes linger uncomfortably in the air, because everyone is chuckling on mute, unless they're unmuting to do so. On Zoom calls with friends, I

want to feel like I'm at a party, but I feel more like I'm in a vacuum-sealed bag, opening it to speak and then air-locking myself back in. A virtual event will never be as satisfying as an in-person one, but I think of how much more human those birthdays would have felt with a little background noise, a housemate interrupting, a fridge opening, or a kid hollering, and I regret the microphone etiquette.

Since the pandemic began, Gabriel has been collecting data on digital interactions. She's found that people who report feeling a sense of collective effervescence during online chats are "actually more likely to not break social distancing rules, because they're able to fill their needs another way," she says. "It's not perfect, and I'm sure we'll all be glad to be back with other people. But it's much better than nothing."

Sound engineers have spent hundreds of hours this past year mixing crowd noise and pumping it into empty sports arenas. Without it, the games feel off. The Zooms do, too. As we push through the homestretch of staying home, noisier Zooms will sustain me.

If the dog really won't stop barking, the mute button is always there.

*Marissa Conrad is a freelance journalist based in New York. Find more of her work at marissaconrad.com.*